

SUSCRICION EN MADRID.

—
 POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

—
 POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

AVISO INTERESANTE.

El tomo 3.º de LA SEMANA que debería concluir con el último número de este mes, no acabará sino el 31 de diciembre próximo, á fin de que queden terminadas en él todas las materias pendientes; es decir los artículos sobre la ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES, con la coleccion de grabados que estamos publicando; la HISTORIA DEL MATRIMONIO, escrita por nuestro colaborador y amigo don Antonio Flores, que hace tiempo ofrecimos y principia en el presente número, cuya lectura recomendamos; la CRÓNICA DE LOS PRINCIPES DE ASTURIAS, etc. etc.

Los señores suscritores que quieran seguir recibiendo los dos meses de noviembre y diciembre el periódico, se servirán abonar su importe, que es 8 reales en Madrid y 10 en provincia por dicho tiempo, en los mismos puntos donde se suscribieron. El abono debe hacerse en provincia inmediatamente para no experimentar retraso en el envío; en Madrid se llevará el recibo al domicilio.

REVISTA DE MADRID,

Sometiéndose á la moda, que es el guia mas constante de nuestro mundo elegante, de la aristocracia toda;

Y aprovechando quizás, pretexto tan excelente para echar temporalmente *plepas* y trampas atras,

En julio, como otros años, emigró nuestra *fashion*, parte, á ver la ESPOSICION, y otra parte á tomar baños.

No sé si entre los primeros los hubo de tal pelage que emprendieran ese viage por motivos financieros:

Pero es fácil, ¡voto á Cristo! y mas de uno, á mi entender, se largó á Londres, no á ver, sino para no ser visto.

Que entre tramposos cortesés suele ser ardid de guerra, el pasarse á la Inglaterra, por temor á los *ingleses*:

Y es ademas un remedio, acaso de los mejores, en deudas, como en amores, poner tierra de por medio.

Tal vez callar no debiera lo que há costado de afanes á muchos pelafustanes pasar el verano fuera:

Empero no hallo motivo para seguir de esto hablando, puesto que va regresando cada mochuelo á su olivo.

Las pretéritas miserias, como los pasados goces, por demas, lector, conoces, que ceden ante las ferias.

Epoca alegre, fecunda en amorosos berrinches en trastos viejos, en chinches, en grescas y en barahunda:

Epoca en que, con achaque de apreturas y encontones, se disipan ilusiones que engendrará un miriñaque:

Epoca de perdicion, y de avellanas y nueces, en que sucumben á veces la bolsa y el corazon:

Epoca, en que los deudores pasan penas y no flojas, y en la que se caen las hojas, y retoñan los amores;

Epoca, en fin, de amarguras, que ya pasó felizmente, como ha pasado igualmente la esposicion de pinturas.

¡Pinturas dije? ¡blasfemia! no se elevan á ese grado los lienzos que han ocupado las salas de la Academia.

Si á las sugerencias sorda es la critica, presumo

Tomo III.

que las llamará á lo sumo, pinturas de brocha gorda.

Y con razon, pues se advierte que, salvo algunas no mas, son producto las demas de artistas de mala muerte.

Respecto de diversiones, se dice que en este invierno será Madrid un infierno de bailes y reuniones.

Si lo será; y en abono de que habrá polkas violentas, es, que de bailar hambrientas, están las gentes de tono.

En tanto olvida pesares todo el asturiano bando, á mas y mejor danzando á orillas del Manzanares.

Y no bailan sin rival como en tiempos anteriores los cocheros y aguadores de la invicta capital:

Ni las hijas de *Ortigueira* ó del *Ferrol*, son las solas que, el domingo dan cabiolas al compás de la *muñeira*;

Que han venido los vascones á aumentar la diversion, é infanzon contra infanzon todos mueven los talones.

¡Digno es de notarse cómo, dando avances al bolsillo, luchan los del *Jardinillo* contra los del *Hipodromo*!

Es una guerra civil, y aun social, segun infierno, del trabajo y del dinero en nombre del tamboril.

Mejor la union les valiera, pues yo no sé que es peor; si *hortera* sin *tenedor*,

Y en punto á lo que promete la crónica teatral,

no puede augurarse mal, pues los teatros son siete.

¡Juzga, lector, que de apuros nos aguardan este invierno, si no quiere el Padre eterno que aquí lluevan pesos duros!

Lluvia que necesitamos, entre otras varias razones para librar de ladrones el aire que respiramos.

Son tantos los que se ven por esas calles de Dios, que se calcula que hay dos para cada hombre de bien.

Esto es atroz!... y si al menos, lo cual tiene tres bemoles,

lucieran bien los faroles! y fueran mas los serenos!

Pero escasean los chuzos, el dormir es un deleite,

y el municipal aceite no está libre de lechuzos.

¡Pardiez! que estamos medrados! bailes! teatros! ladrones!

y escasez tal de doblones!... ¡Dios nos coja confesados!

E. GARRIDO.

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (1).

Gran coleccion de cuadros vivos matrimoniales, pintados por varios solteros, malogrados en la flor de su inocencia.

CUADRO I.—EL SOLTERO Y LA SOLTERA.

Desde el almacen de niños, conocido con el nombre de *Inclusa*, hasta el de momias, bautizado con el



Puesto de muebles en la feria.

ó *tenedor* sin *hortera*.

Y si en bailes y en jaleos esta temporada abunda, ¡pardiez que no es infecunda en toros y en coliseos!

Dos corridas por semana afligen nuestros bolsillos, sin contar con los novillos, que es otra adición mediana.

de Campo santo, un soltero y una soltera son dos individuos, ó mejor dicho, dos medias individualidades, que se encuentran con la mayor facilidad, y de cuyo hallazgo no vale la pena dar cuenta á nadie; nosotros necesitamos algo mas que dos solteros de sexo distinto para trazar el presente cuadro. Asi como el constructor de buques entra en un pinar y no todos los árboles

(1) Véase el número anterior.

que ve le sirven para su trabajo, tambien nosotros tendemos la vista por un almacen de hombres solteros, y no nos aprovechan todos para escribir la presente historia. Las mugeres son las únicas que no nos obligan á andar escogiendo, porque todas son madera á propósito para la construccion del buque matrimonial. Mas ó menos torcidas; varias nudosas y muy secas algunas, por haberlas cortado demasiado tarde, con todas ellas se puede armar el buque, que á la corta ó á la larga, hace agua siempre. Asi nosotros no pensamos elegir la soltera, y por el contrario apenas hayamos hallado un siervo de Dios, marido en agraz, pondremos en un saco á todas las mugeres y

á la que Dios se le diere,
por Dios no le haga enviudar;

de lo cual (y sea esto dicho de paso, sin que ellas se aperciban) ya cuida cada *quisqua* si no por su interés, por el de su marido, que no es cosa de hacerle gastar aun despues de muertas.

Un soltero es lo primero que nos hace falta para este cuadro, y háganse allá los que han cumplido cuarenta y pico, sin reformar el padron vecinal desde que entraron por primera vez en el sorteo para las quintas. Quítense de nuestra presencia los que confundiendo el estado con la profesion han abrazado á *perpetuité* el oficio de solteros! ¡Que no se cuadren delante de nuestro daguerrotipo los *anti-crescite é in-multiplicate*! Persuádanse de que no nos sirven para nada en la ocasion presente, porque aqui no se trata de buscar gente cumplida ni licenciada, sino mozos redimibles y sorteables; no buscamos las grandes cruces sino las pequeñas. En suma: no queremos solterones, sino solteros.

Venga vd. acá, mi señora doña Casiana Casariego, viuda de Casa-Robles, y dígame por su vida sino hago bien en descartar de este cuadro á los solteros que aun no han echado los colmillos y á los que los tienen demasiado retorcidos, esto es: á los solteritos y á los solterones... Los primeros como fruta en flor, y los segundos como fruta en conserva, ninguna utilidad habian de prestarnos en las circunstancias presentes. Me parece, si mal no recuerdo, mi señora doña Casiana, que vd. queria que la buscara...

—Un novio para mi hija, si señor, es cierto.

—Pues pase vd. adelante, porque ahora tengo la masa en las manos, y si vd. me permite que la presente primero á mis lectores, hablaremos cuanto guste sobre el particular.

—¿Y para qué quiere vd. presentarme á los lectores? ¿Son solteros?

—Señora, habrá de todo, pero no lo decia yo por tanto, ni de entre ellos ha de salir el novio para su hija de vd.

—Pues no perdamos el tiempo, porque el negocio urge.

—Convenido, señora, pero déjeme vd. darles cuenta de quien es vd.; porque, cómo y cuando ha venido aqui! yo nada les habia prevenido; la han oido á vd. hablar y...

—Ya se habrán impuesto de todo: que soy viuda, que tengo una hija, y que quiero... lo que quieren todas las madres, casarla; y casarla antes hoy que mañana, porque los hombres no pierden aunque sean viejos y feos, y las mugeres desmerecen mucho de un año á otro.

—¿Pero vd. está decidida á casar á su hija?

—¡Vaya una pregunta! ¿Hay alguna madre que no esté decidida á lo mismo? ¿Para qué las criamos? ¿Para vestir imágenes?

—Verdad es, pero su hija de vd. es demasiado niña... y

—Por eso quiero casarla antes de que sea vieja.

—Es decir que vd. se resuelve á tomar el oficio de suegra.

—Si, señor, quiero que me busque vd. un yerno.

—Pero, señora, eso no es fácil.

—Ni difícil; yo no sé algunas madres como lo hacen que aunque Dios las dé cinco hijas, antes de que la mayor cumpla veinte años ya las han acomodado á todas.

—Asi lo creo, señora, porque de lo contrario comería aleluyas la curia eclesiástica, pero yo no entiendo de buscar novios, y no sé cómo se ha dirigido vd. á mí.

—Pues no es vd. el que ha ofrecido dar en la SEMANA un soltero y una soltera?

—Si señora.

—Pues en cuanto á la soltera vengo á ofrecerle á vd. mi hija.

—¿Es posible, señora?... ¡tanto favor! Diga vd. á esa señorita que pase adelante.

—Si, pero á condicion de que me ha de entregar vd. á mí el soltero.

—¿Qué soltero?

—El que tiene vd. ofrecido.

—Si aun no le he hallado!

Pálida y fria como el alabastro se quedó la viuda de Casa-Robles al oírnos decir que aun no habíamos buscado el soltero para el cuadro y despues de un breve momento de silencio exclamó:

—¡No podia ser otra cosa!... Si yo que le busco con tanto afán no le he hallado, ¿cómo es posible que el autor de la historia del matrimonio los tenga tan de sobra?

—Pues perdone vd. que la diga, mi señora doña Casiana, que eso no es cierto; verdad es que yo no tengo aun en mi poder el soltero, pero encontraré ciento en cuanto salga á buscarlos.

—Está vd. en un error, amigo, repuso la viuda desconsolada; yo que los he tenido en mi poder y se me han escapado, sé que eso no es verdad.

—Pero señora, ¿me querrá vd. decir que no hay solteros?

—No tal; ya se ve que los hay... ¡Ojalá no hubiera tantos!... Pero solteros con vocacion de casados, muy pocos ó ninguno.

—Vaya, señora, vd. padece una equivocacion gravísima y voy á sacarla de ella. Con solo entrar en un café, con dirigiéndonos al Casino...

—¡Al Casino! exclamó doña Casiana, gran cosa sacaría vd. del Casino! Esos circulos han sido la perdicion de las solteras. Desde que los hombres han dado en reunirse solos en esa clase de tertulias, ya no se encuentra un marido ni por un ojo de la cara.

—Pero, señora, ¡si los casinos están llenos de jóvenes solteros, capaces de enamorarse de cien mugeres á la vez!

—Precisamente esa es la manera de no amar á ninguna.

—Pues bien, ¿qué haremos?... ¿Adónde iremos en busca de un marido?

—¿Tiene vd. noticia de alguna tertulia? dijo doña Casiana.

—Si, señora, hoy justamente hay sarao en el palacio del duque de...

—No me conviene; ahí no haremos negocio.

—¿Pero qué, no se casan los que concurren al baile de la duquesa?

—Si, señor, se casan, pero esas bodas se hacen por razon de estado, y lo que yo quiero es una tertulia de confianza.

—¡Son tan raras hoy día!

—Demasiado lo sé, y por eso me quejo.

—Sin embargo, la repliqué, me acuerdo de una, pero allí no se baila sino los domingos; los demás días hacen labor las niñas, y de diez á once se juega á la aduana ó á la lotería.

—¿Qué dice vd.? gritó doña Casiana loca de alegría, ¿y tendrá vd. inconveniente en llevarnos á mi hija y á mí á esa casa?

—No, señora, tendré en ello mucho gusto, pero no sé si hallará vd. allí lo que busca.

—Póngame vd. donde haya solteros que jueguen á la lotería y de mi cuenta corre que mi hija haga el ambo.

Cumplí la palabra que habia dado á mi amiga, la viuda de Casa-Robles, y aquella misma noche de invierno á pocos minutos mas de la siete, entrábamos cogidos del brazo doña Casiana, su hija y yo, en el portal de una casa de la calle de la Estrella.

No hay para que detenerme á describir ni el edificio ni la vivienda donde se ayuntaban los tertulianos; tareas son estas propias de novelistas, que á trueque de llenar muchos volúmenes hacen lo que los escribanos y abogados en materia de autos. Aquí se trata de hallar pronto el grano y nos esterba la paja por poca que sea; en asuntos matrimoniales conviene marchar de prisa y con la vista siempre fija en la vicaria, porque de otro modo no se consigue nada. Asi lo comprendió doña Casiana, y en el saludo afectuosísimo que hizo á la dueña de la casa, era fácil leer estas palabras:

—«Perdone vd., señora, pero yo vengo decidida á emparentar con alguno de los señores que están presentes.»

Eran estos siete, todos jóvenes, el mayor de treinta años; á la media hora de estar allí, la viuda de Casa-Robles, sabia mas que yo en dos años que hacia que visitaba la casa,

y echando su compás hacia el mas tierno,
pensaba gratis merendarse un yerno.

—Oiga vd., me dijo en voz baja y mientras el ama de la casa dispensaba la labor á sus hijas en albricias de las nuevas tertulianas, oiga vd., ese joven rubio es novio de una de las hijas de la casa.

—Es posible, la repliqué, los novios se hacen siempre de los mozos-rubios; ¿pero quién la ha dicho á vd. tanto en tan poco tiempo?

—¡Poco tiempo llama á vd. á mi larga práctica en estos asuntos! ¡Tengo yo un ojo para estas cosas, que echándole el fallo á una persona!

—Y diga vd., ¿se podrá hallar aqui lo que buscamos?

—Si, señor; ese caballerito de la corbata azul, que está haciendo una pajarita de papel, se casa con mi hija.

Hízome reír la profecía de doña Casiana y me replicó:

—No se ria vd., si pudiera hacer seña á mi hija para que mirase á todos menos á él, habríamos adelantado mucho esta misma noche.

—¿Pero querrá vd. decirme en qué se funda para semejante pronóstico?

—¿Me dá vd. palabra de no reírse?

—Si, señora, hable vd.

—Pues me fundo en que al repartir los caramelos, el primero ha sido para mí y el último para mi hija; y luego en que ha cogido con disimulo el papel que ella arrojó al suelo y está haciendo con él una pájara...

Míre vd. como la guarda ahora en el pecho. Verá vd. como procura acompañarnos cuando nos retiremos.

—Si estorbo... la dije.

—Al contrario; viniendo vd. no se atreverá á hacerlo y de otro modo me vería obligada á ofrecerle la casa; lo cual no me conviene en manera alguna.

—¡Eh! no sea vd. cruel con ese muchacho.

—¿Y quiere vd. que lo sea con mi hija? Lo que poco cuesta poco se estima, y aqui conviene hilar muy despacio. Desengáñese vd., amigo, sino fuera por las madres se casarian muy pocas mugeres.

Estas fueron las últimas palabras que me dirigió doña Casiana. El resto de la noche le pasó en ganarse la amistad del ama de la casa, elogiando la problemática belleza de sus hijas y diciéndola que ya habia pocas madres que diesen tan buena educacion. No dejó de sonreír con moderacion siempre que hablaba el pretendido yerno, y aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para decir: que su hija no tenia mas patrimonio que el recogimiento, y que seguramente (no porque ella lo dijese) ¡Dios habia permitido que fuese un ángel, para que la ayudara á sobrellevar con paciencia las vicisitudes de su situacion!

A cada palabra de estas miraba con disimulo al joven, y veía con gozo que Dios la iba á conceder otro ángel para que ayudase á su hija; cuando empezamos á jugar á la lotería observó con satisfaccion, que el niño filó tomaba cartones iguales á los de su niña, y ya la costaba trabajo ocultar su alegría. Yo mientras tanto, me divertia en examinar á los tertulianos, y en compararlos con los de otras reuniones de la clase alta de la sociedad, y especialmente con los que gastan su juventud en el tapete de una mesa de juego, ó en el derredor de un ponche, maldiciente y calumniador. Detrás de aquellos jóvenes de ambos sexos, todos pareados al parecer, menos los que doña Casiana estaba pareando á su antojo, veía yo las frivolas parejas de los salones aristocráticos, los pretendidos escépticos de los casinos, y los murmuradores forzados del café, y hallaba al compararlos á todos entre si, grandes ventajas en favor de la modesta tertulia de la clase media. La inocente lotería que jugaban á maravilla el tanto; alguna palabra que interceptada casi siempre por las madres se dirigian ellos y ellas, y sobre todo la paz y la alegría que se reflejaba en sus semblantes, todo indicaba que eran felices y que solo una aspiracion turbaba su reposo: la de llegar pronto en parejas mistas á la presencia del vicario eclesiástico, ó de sus delegados los curas párrocos. Doña Casiana tenia razon: yo la habia descubierto una mina donde necesariamente habia de hallar el mineral que tanto ambicionaba. Aquellas gentes no eran simplemente solteros, sino solteros con vocacion de casados; la tertulia de mi amiga era un vivero de maridos. Tenia el ama de la casa tres hijas y llamando á concurso para casarlas, el sobrante se subastaba entre las amigas. Los jóvenes que acudian allí, ó salian por primera vez al mundo y en la primera rama en que se posaron estaba la liga, ó ahuyentados por el escepticismo del gran mundo, se proponian anidar en un mundo pequeño. Eran, valiéndome de la espresion de un predicador tan célebre como poco docto, medias naranjas que sentian ya la necesidad de buscar sus complementos.

Pero lo que observaba en casa de mi amiga, y las comparaciones que habia establecido entre la sociedad de la clase alta y la media, fatigaba mi imaginacion que pugnaba por explicarse, como por tan distintas vias y de tan diversos modos, es uno el resultado en ambas clases. ¿En qué consiste que los amores de los unos y los de los otros terminan del mismo modo? ¿Cómo en tan diversos terrenos y en climas tan contrarios brota y crece el hombre-marido? ¿Será esta planta tan vulgar y tan silvestre como la grama, que no hay tierra que se vea libre de ella nunca?... La única diferencia que hallé despues de largas cabilaciones fué la que me habia indicado doña Casiana al hablarme de las bodas por razon de estado: seguramente estas se hacen burlándose los novios de si mismos, ridiculizando el matrimonio en el momento de ir al altar. La clase media por el contrario, saborea la ceremonia como si fuera un delicioso almibar, y hace gala de todos los grados de la carrera de que se avergüenza ser investido el aristócrata.

He resuelto no decir mi opinion en materia de matrimonio; pero aborrezco á los que hacen una casa avergonzada de ella. Fijo por lo tanto mi taller en cuadros vivos matrimoniales, en las tertulias de la clase media. No sé si me convendrá seguir en el artículo próximo la historia de doña Casiana; pero me ha de faltarme otra por el estilo. ¿Dónde irá el buen que no are? ¿Dónde irá el hombre que no tropiece con una muger, que si no se llama Casiana Casariego, viuda de Casa-Robles, deje de ser Casandra Casariego, aspirante á Casa-meco á Casa-tibi, ó á Casa-novis?

Si el lector tuviere noticia de alguna muger que cuestion de matrimonio, no tenga cualidades de electora y de elegible, que se sirva avisarme porque queda abierto el plazo para la rectificacion de las listas matrimoniales, hasta la publicacion del cuadro próximo.

ANTONIO FLORES.

REVISTA MUSICAL.

Aparicion de la señora Montenegro en *La Norma*.—Rectificacion importante.—Señora y señor Echarte (Santiago).—Teatro Real.—*Martiri* de Donizetti.—Primer contratiempo.—Teatro del Circo.—*Jugar con fuego*, ópera-cómica.—Nuestro óperas.—Joven tenor de brillante disposiciones.

Despues de haber recorrido toda Europa la señora Montenegro, y sido constantemente émula de las glorias de la Jenni Lind y la Grissi, la Persiani y la Albini,

ni, según una biografía que tenemos á la vista, ha querido conquistar en su patria una nueva corona artística que poder ostentar con orgullo.

La Norma, en que hace mucho tiempo no ha tenido rival, fué la ópera favorecida para aparecer de nuevo entre sus paisanos, y el éxito que alcanzó, á pesar de que se encontraba indisputada la noche del 8, nos ha probado que es una grande artista, como cantante y como trágica, y que no en vano es conocida con el nombre de La Rachel lírica.

Su voz pastosa, estensísima y de muy grato y afiado timbre; la flexibilidad de su garganta; lo puro de su canto, y hasta su hermosa figura, unida á lo distinguido de su acción y buenas maneras teatrales, son cualidades que bastan para que esté, como está, considerada prima donna de primissimo cartel.

La Casta diva, el terzetto del primer acto; la escena «dormono entrambi» con sus hijos, y sobre todo el dúo «in mia man al fin tu sei», son pasajes en que no se sabe que admirar mas, si á la cantante ó á la trágica: tal es el colorido altamente dramático que imprime á todos los cantos declamados en que abunda tan sentida inspiración.

Los señores Echarte, Pollione y Adalgisa, conocidos en el extranjero bajo el nombre de Santiago, y que han sido aplaudidos en sus primeros teatros líricos, entre otros los de Londres y París, tuvieron momentos felices en sus respectivos papeles, á pesar de que el público, para quien eran completamente desconocidos, por haberse anunciado muy modestamente, y con el solo objeto de que la señora Montenegro pudiese cantar La Norma, los recibió con bastante frialdad.

Si esta ópera hubiese estado acompañada por una orquesta mas numerosa y escogida que la del teatro del Príncipe, estamos seguros de que hubiese alcanzado un éxito mucho mas brillante del que obtuvo.

La segunda representación de La Norma en la noche del jueves, fué un verdadero triunfo para la señora Montenegro, quien, repuesta ya de su indisposición, pudo hacer alarde de todas sus magníficas facultades. El público numeroso que llenaba todas las localidades del teatro, la llamó al palco escénico á la conclusión de todas las piezas del *spartito*, y arrojó á sus pies muchos ramos de flores. La actitud imponente y magestuosa de la artista, la expresión de su semblante, terrible unas veces, apasionado otras, siempre marcando los diferentes afectos de su difícil parte, nos hicieron confirmar en la idea de que es una eminente trágica lírica. ¡Cuánto desearíamos oír en Semirámide, Lucia, Lucrezia, I Puritani, Hernani, y tantas otras en que sabemos se eleva á mayor altura, si cabe, que en Norma!

Llegamos á la parte mas árdua é importante de nuestra tarea, cual es, la de rectificar ciertos hechos que un periodiquillo ha sentado con cierta dosis de insidiosa malicia. Dice «que habiendo hecho proposiciones el señor Solera á su paso por Bayona á la señora Montenegro, para ser ajustada en el Teatro Real, la artista contestó exigiendo igual retribución que habian disfrutado el año anterior la Frezzolini y la Alboni, á cuyas condiciones el empresario no tuvo á bien acceder».

Para llenar cumplidamente nuestro propósito, y poner los hechos en su verdadero lugar, nos permitirán nuestros lectores que les refiramos lo que ocurrió al pasar por Bayona el señor Solera, á su ida á París con el objeto de formar compañía.

Este señor comisionó al señor Vega para que se avisase con la señora Montenegro, á fin de que la artista manifestara las condiciones con que habria de ser contratada. La prima donna no pudo dar una respuesta categórica por ignorar á aquella fecha los compromisos que su esposo podria haber contraído en Madrid; pero dijo que en todo caso, *fixaria las mismas condiciones con que hubiesen sido ajustadas las artistas de su categoria*.

Esto, como se ve, dista mucho de ser lo que aparece del citado periodiquillo: primero, porque en realidad no se trató de ajuste; y segundo, porque la señora Montenegro no nombró, como se la quiere atribuir, ni á la señora Alboni ni á la señora Frezzolini. Pero aun cuando las hubiese nombrado; ¿no está, por ventura, á igual altura que ambas, y por lo tanto no podia tener iguales exigencias que ellas? ¿O se ha querido dar á entender que con fijar las mismas condiciones que las artistas de su categoria demostraba la señora Montenegro unas pretensiones exageradas y que no guardaban proporcion con su verdadero mérito y sus verdaderas facultades? ¿Quería el señor Solera que la señora Montenegro, cantante de gran cartel, descendiese hasta el punto de ser inferior en ajuste á las dos primas donnas citadas? ¿Sabe, por último, el señor Solera si la artista española tomaba por tipo los sueldos que el año pasado disfrutaron las dos referidas, ó quería ser en un todo igual á las que para su compañía pensaba ajustar en París?

Peró hay mas aun, y de intento hemos dejado para el fin la inserción de la siguiente carta que á su llegada á la corte recibió la señora Montenegro del señor Vega, intermediario de todas estas contestaciones.

«Bayona 28 de setiembre.

«El señor Solera llegó á ésta ayer, y me dijo que como nada de positivo le decia en mi carta acerca de vd., se habia visto precisado á formar su compañía que tiene ya completa.»

Estas líneas prueban harto claramente que en rea-

lidad no hubo proposiciones ni por parte de la artista, ni por la del empresario, y que el modo con que el pseudo-periodico en cuestion ha tergiversado lo ocurrido, llevaba una idea que no podemos comprender; mucho mas, si se atiende á que la exposicion de los hechos que vamos rectificando, se hizo en el número del 7 del actual, vispera del dia en que debia hacer su primera salida la señora Montenegro. Afortunadamente, y como era de esperar, la concurrencia inmensa que se disputó las localidades todas del teatro, respondió bien elocuentemente á las habillitas de que nunca creemos debia haberse hecho eco un periódico que pasa por artístico y para quien todos los verdaderos artistas habian de ser mirados con cierta consideración. La segunda representación de La Norma, ha acabado de echar por tierra la idea que se propusiera el citado papelucho, alegrándonos de que un periódico artístico de verdad, haya rectificado antes que nosotros todos los hechos tan completamente desfigurados por aquel.

Lo mucho que nos hemos estendido, puesto que se trataba de una eminente artista, y artista española, nos impide dar á nuestros lectores una noticia detallada, así de Los Mártires, ópera con que se ha inaugurado la presente temporada del Teatro Real, como del mérito de los cantantes, señora de Giulí, Sinico, Gironella y Scapini, encargados de los principales papeles, aparte de que ya hemos hablado de esto, aunque con mucha ligereza, en nuestra Revista Musical de El Heraldo, del 16 del corriente mes.—Aplazamos para otro dia este juicio, sin embargo de anticipar que aunque todos ellos son grandes artistas, no están á la altura, salvo alguna muy rara escepcion, de los que el año pasado formaban la compañía del coliseo de Oriente.

En el circo continúa haciéndose la linda ópera-cómica Jugar con fuego, música del señor Barbieri, y libretto del señor don Ventura de la Vega, de cuyo mérito se ha ocupado toda la prensa tributando los mas sinceros elogios á sus autores, á quienes damos nuestro humilde parabien, sintiendo únicamente no disponer de mas espacio para hablar, con la estension que merece, de una obra que debe figurar la primera en el repertorio de nuestra música nacional.

El confitero de Madrid, de los señores Inzenga y Hernando; y Se vé y no se toca, letra de los señores Peral, y Selgas, música del señor Inzenga, cuyas representaciones deben tener lugar muy en breve, continuarán atrayendo la concurrencia al teatro del Circo por lo bien recibidas que serán por el público.

Está llamado á brillar en los soirées musicales de este invierno, el señor Pallejá, cuya potente voz de tenor, unida á su magnífico método de canto, debido á su maestro el señor Rovira, harán pasar ratos deliciosos á los dilettanti madrileños.

Acaso tengamos ocasion de hablar de este apreciable jóven, con cuya amistad nos honramos, en nuestra próxima Revista, reservando para ella hacer mencion de cosas que hoy, á nuestro pesar, tenemos que dejar en nuestra memoria y en nuestra cartera.

O.

EL PABELLON SOBRE EL AGUA.

NOVELA CHINA.

En la provincia de Canton, ó algunos li de la ciudad, vivian dos ricos chinos retirados de los negocios; importa poco saber en qué época era esto, porque los cuentos no tienen necesidad de una cronología muy exacta. Uno de aquellos chinos se llamaba Tou y el otro Kouan. Tou habia desempeñado altas funciones científicas, era *hau lin* y letrado de la cámara de jaspe. Kouan, en empleos menos elevados, habia sabido adquirir riquezas y consideración.

Tou y Kouan tenian relaciones de parentesco, aunque lejano, y en otro tiempo se habian querido. Cuando eran mas jóvenes se divertian en reunirse con algunos de sus antiguos condiscipulos, y durante las veladas del otoño manejaban el pincel cargado de negro, le hacian girar por el papel con flores, y celebraban con improvisaciones la hermosura de las margaritas, bebiendo al mismo tiempo algunas tacitas de vino; pero sus caracteres, que á primera vista no presentaban diferencias muy sensibles, fueron haciéndose con el tiempo diametralmente opuestos, como un tronco de almendro que se divide en dos, y cuyas ramas unidas por el pie, se separan en la copa, de suerte que una esparce su perfume por el jardín, mientras la otra deja caer sus blancas flores al otro lado de la pared.

De año en año Tou iba adquiriendo gravedad; redondeábase su vientre magestuosamente; su triple barba iba creciendo con aire solemne, y ya no hacia mas que disticos morales, buenos para figurar únicamente en los postes ó columnas de un pabellon.

Kouan, por el contrario, parecia rejuvenecerse con la edad, y cantaba con mas alegría que nunca el vino, las flores y las golondrinas. Desembarazado de los cuidados vulgares, era vivo como un jóven, y en cuanto le daban un pie para un verso, su mano no titubeaba un solo instante.

Poco á poco los dos amigos fueron cobrándose animosidad, no podian hablarse sin dirigirse palabras picantes, y eran como dos setos con zarzas erizados de espinas. Las cosas llegaron á un punto que cortaron enteramente sus relaciones, y cada uno por su parte

hizo colgar en la fachada de su casa una tablita en que se leia que ninguno de los moradores de la casa inmediata tenia que pisar los umbrales de la puerta bajo ningún pretexto.

Bien hubieran querido arrancar sus casas y plantarlas en otra parte; pero desgraciadamente no les era posible. Tou trató de vender su finca; pero no encontró quien le ofreciese un precio arreglado, y ademas es siempre muy duro y costoso abandonar los artesanos esculpidos, las mesas pulimentadas, las colgaduras transparentes, las doradas celosías, las sillas de bambú, los gabinetes de laca encarnada ó negra, los poemas antiguos que tantos afanes ha costado adquirir, y ceder á otro el jardín en que uno ha plantado sauces, ciruelos y albérchigos, y en cada primavera se han visto abrirse hermosas flores: cada uno de estos objetos enlaza el corazon del hombre con un hilo mas delgado que la seda; pero tan difícil de romper como una cadena de hierro.

En la época en que Tou y Kouan eran amigos, cada uno habia mandado construir en su jardín un pabellon, á orillas de un estanque comun á ambas propiedades: era un placer para ellos eviarse desde lo alto del balcon saludos familiares, y fumar la gota de opio encendida en la seta de porcelana, enviándose mutuamente bocanadas benévolas de humo: pero despues de sus disensiones, habian construido una pared que dividia el estanque en dos partes iguales: mas como su profundidad era grande, la pared se apoyaba en unos maderos que formaban una especie de arcos por debajo de los cuales pasaban las aguas, que reflejaban en su tersa superficie el pabellon opuesto.

Aquellos pabellones tenian tres pisos con azoteas que iban en disminucion: sus techos encorvados en los ángulos, estaban cubiertos de tejas brillantes, semejantes á las escamas que cubren el vientre de las carpas: en cada arista se perfilaban dentellones, en forma de hojas y de dragones. Columnas pintadas con un barniz encarnado, unidas por un friso cortado como la hoja de marfil de un abanico, sostenian aquel elegante techo: sus cañas descansaban en una pared baja, en la cual se veian unos cuadritos de porcelana colocados con una agradable simetria y una barandilla con un dibujo muy extraño, de modo que formaba una galeria abierta separada del cuerpo de la obra.

Aquella disposicion se repetia en cada piso con algunas variaciones: aqui, los cuadros de porcelana eran reemplazados por bajos relieves, que representaban diversos asuntos de la vida campestre: un enrejado de ramas curiosamente colocadas, substituia al balcon: postes pintados de colores vivos servian de pedestales á quimeras y otros monstruos fantásticos. El edificio terminaba con una cornisa calada y dorada, guarnecida de una balaustrada de bambú con nudos iguales, adornada en cada compartimento, de una bola de metal. Lo interior no era menos suntuoso: en las paredes, una mano ágil y diestra habia escrito en líneas perpendiculares y caracteres de oro sobre fondo de laca, versos de Touchi y de Laitaipe. Hojas de talco dejaban penetrar por las ventanas una claridad blanquecina y de color de ópalo, y en su repisa tiestos de peonia, orquis, primaveras de la China, y erytrina de flores blancas colocadas con arte, deleitaban la vista con sus delicados matices. En los rincones de cada habitacion, habia almohadones de seda magníficamente bordada: sobre las mesas, que relucian siempre como un espejo, habia mondadientes, abanicos, pipas de ébano, piedras de pórfido, pinceles y todo lo necesario para escribir.

Peñascos artificiales, en cuyos intersticios tenian sus raíces sauces y nogales, servian por el lado de la tierra, de base á aquellas construcciones: por el lado del agua se apoyaban en pies de una madera incorruptible.

En realidad era un golpe de vista encantador el que ofrecia el sauce precipitando desde lo alto de aquellos peñascos hacia la superficie del agua sus filamentos de oro y sus flecos de seda, y los colores brillantes de los pabellones que relucian entre un cuadro de hojas de diferentes colores.

Bajo el cristal de las olas, nadaban á bandadas peces azulados con escamas de oro: una porcion de hermosos patos con sus cuellos de verde esmeralda surcaban las aguas en todas direcciones, y las anchas hojas del nimfea-nefumbo se ostentaban perezosas bajo la diamantina transparencia de aquel pequeño lago, alimentado por un manantial vivo.

Solo en el centro, en donde el fondo se componia de una arena plateada muy fina, y en donde los borbotones del manantial que susurraba no hubieran permitido á la vegetacion acuática estender sus raicillas, lo demas del estanque estaba entapizado del mas hermoso terciopelo verde que puede imaginarse, por las sábanas de berros.

Sin aquella menguada pared, levantada por la reciproca enemistad de los dos vecinos, seguramente en toda la estension del imperio, que como es bien sabido, ocupa mas de las tres cuartas partes del mundo, no hubiera habido un jardín mas pintoresco y delicioso: cada uno hubiera aumentado su propiedad con la vista de la del otro, porque el hombre no puede asir los objetos mas que en la apariencia.

Sin embargo, tal como estaba, un sábio no hubiera deseado un retiro mas fresco y propicio, para terminar su vida en la contemplacion de la naturaleza, y los encantos de la poesia.

Tou y Kouan habian ganado con su desavenencia una pared por unica perspectiva, y se habian privado reciprocamente de la vista de los hermosos pabellones,

pero se consolaban con la idea haber hecho daño á su vecino.

Este estado de cosas duraba ya hacia algunos años: las ortigas y malas yerbas habían invadido los senderos que conducían desde una casa á otra. Las ramas de los arbustos espinosos se cruzaban como si quisieran interceptar toda comunicacion: hubiérase dicho que las plantas comprendían las disensiones que mediaban entre los dos antiguos amigos, y que tomaban parte en ellas, procurando dividirlos todavía mas.

Durante aquel tiempo, las mugeres de Tou y de Kouan, habían dado á luz un hijo cada una: la señora de Tou era madre de una hermosa niña, y la de Kouan del niño mas lindo del mundo. Aquel feliz acontecimiento que había difundido la alegría en las dos casas era ignorado de una y otra parte, porque aunque sus propiedades estaban confinantes, los dos chinos eran tan extraños uno para otro, como si estuviesen separados por el Rio Amarillo y la gran muralla: los conocimientos comunes evitaban toda alusion á la casa vecina, y si por casualidad se encontraban los criados, tenían orden de no hablarse, bajo la pena de ser azotados.

El niño se llamaba Tchín-Sing, y la niña Ju-Kiouan, es decir, la perla y el jaspe: su perfecta belleza justificaba la eleccion de aquellos nombres: en cuanto fueron un pocograndecitos, la pared que dividía el estanque en dos y limitaba la vista por aquel lado, les llamó la atención y preguntaron á sus padres qué era lo que había detrás de aquella tapia tan singularmente colocada en medio del estanque, y á quién pertenecían los grandes árboles que por encima de ella sobresalían. Contestábanles que era la habitacion de unas gentes extravagantes, pendencieras é insociales, y que aquella pared se había hecho para evitar el contacto de tan malos vecinos.

Aquella esplicacion bastó para los niños, que se acostumbraron á ver la pared y ya no hicieron caso de ella.

Ju-Kiouan crecía en gracias y perfeccion es: era muy hábil en todas las labores de su sexo, y maneja la aguja con una destreza incomparable. Las ma-

riposas que bordaba parecían que estaban vivas y meneaban las alas, y cualquiera hubiera creído que oía el canto de los pájaros que fijaba en el cañamazo: algunos acercaron las narices á sus tapices para respirar el perfume de las flores que en ellos sembraba. El talento de Ju-Kiouan, no se limitaba á solo esto: sabía de memoria el libro de las Odas y las cinco reglas de conducta: jamás mano mas ligera esparció sobre el papel de seda caracteres mas atrevidos y claros. Los dragones no eran tan rápidos en su vuelo como su puño cuando hacía caer la negra lluvia del pincel. Conocía todos los géneros de poesia, y componía piezas de mérito sobre asuntos que naturalmente deben chocar á una jóven, el regreso de las golondrinas, las margaritas, los saues y otros objetos análogos. Mas de un letrado, que se creía digno de montar el caballo de oro, no hubiera improvisado con tanta facilidad.

Tchín-Sing no había aprovechado menos en sus estudios: su nombre se hallaba inscrito el primero en todos los exámenes. Aunque era muy jóven, hubiera podido cubrir su cabeza con el gorro negro, y ya todas las madres pensaban que un muchacho tan adelantado en la ciencia haría un excelente yerno, y llegaría bien pronto á las mas altas dignidades literarias; pero Tchín-Sing contestaba con jovialidad á los negociadores que le enviaban, que era demasiado pronto y quería gozar todavía algun tiempo de su libertad. Rehusó sucesivamente á Houquin, Lomengli, Oma, Pofo y otras jóvenes distinguidas. Jamás, sin exceptuar el hermoso Faugan, cuyo carruaje llenaban las damas de caramelos y confites cuando volvía de tirar el arco, hubo jóven mas codiciado ni que sufriese mas acometidas; pero su corazón parecía insensible al amor, no

el umbral del pabellon oriental.

Al fin los padres de los dos jóvenes se alarmaron por su tenacidad en rechazar cuantos partidos se les presentaban: las señoras Tou y Kiouan, preocupadas sin duda con las ideas de matrimonio, continuaban sus ensueños de noche y sus pensamientos de día. Uno de los sueños que mas las chocaron, fué el de la señora Kiouan, que vió en el pecho de su hijo Tchín-Sing una piedra de jaspe tan maravillosamente pulimentada, que despedía chispas como si fuese un carbunclo. La señora Tou por su parte, soñó que su hija llevaba al cuello una de las mas hermosas perlas de Oriente de un valor inestimable. ¿Qué significacion podían tener aquellos dos sueños? El de la señora Kouan presagiaba á Tchín-Sing los honores de la academia imperial: el de la señora Tou quería decir que Ju-Kiouan encontraría

algun tesoro enterrado en el jardín, ó debajo de alguna baldosa del ático. Semillante esplicacion era bastante razonable, y cualquiera se hubiera contentado con ella; pero las buenas señoras vieron en sus repetidos ensueños alusiones á matrimonios ventajosos que debían celebrar bien pronto sus hijos. Desgraciadamente Tchín-Sing y Ju-Kiouan persistían mas que nunca en su resolución, y desmentían la profecía.

Kouan y Tou aunque no habían soñado nada, se asombraban de semejante obstinacion, pues el matrimonio es una ceremonia á que por lo comun no tienen los jóvenes una aversion tan sostenida: creían que aquella resistencia procedía de una inclinacion prematura: pero Tchín-Sing no hacía la corte á ninguna jóven, y ningun hombre se paseaba por enfrente de las celosías de Ju-Kiouan. Algunos dias de observacion bastaron para convencer de ello á las dos familias. Las señoras Tou y Kouan creyeron mas que nunca en los grandes destinos presagiados por los sueños.

Las dos mugeres fueron cada una por su lado á consultar al bonzo del templo de Fó, hermoso edificio con los techos calados, las ventanas redondas, reluciente con el oro y barniz,

lleno todo de cuadritos votivos, y adornado con unos puntales de donde ondeaban banderas de seda historiadas con quimeras y dragones, y á que daban sombra árboles de mil años y de un grueso monstruoso. Despues de quemar papel dorado y perfumes delante del idolo, el bonzo contestó á la señora Tou, que era necesario el jaspe para la perla, y á la señora Kouan, que era necesaria la perla para el jaspe: que solo su union podría terminar todas las dificultades. Poco satisfechas con aquella respuesta ambigua, las dos mugeres volvieron á su casa sin haberse visto en el templo, por diferente camino: su peregrinacion era entonces mayor que antes.

Ahora bien, ocurrió que un dia estaba Ju-Kiouan apoyada en la balaustrada del pabellon campestre, precisamente á hora en que Tchín-Sing hacía lo mismo.

El tiempo era hermoso y ninguna nube se divisaba en el cielo: no hacía bastante viento para agitar una



por frialdad, porque mil circunstancias daban á conocer que Tchín-Sing tenía el alma muy tierna: hubiérase dicho que se acordaba de una imagen que había visto en una existencia anterior y que esperaba volver á encontrar. En vano le elogiaban las cejas de hoja de sauce, los pies imperceptibles y el delicado talle de las bellezas que le proponían: lo escuchaba como si estuviese distraído y pensase en otra cosa.

Ju-Kiouan por su parte, no se mostraba menos difícil; despedía á todos sus pretendientes. Aquel saludaba sin gracia, éste era poco esmerado en su traje; el uno tenía para escribir un estilo pesado y comun, y el otro no sabía el Libro de los versos ó se había equivocado en la rima: en una palabra, todos tenían algun defecto. Ju-Kiouan hacía de ellos unos retratos tan cómicos, que sus padres concluían por reírse, y ponían en la puerta de la calle, con la mayor urbanidad del mundo, al pobre aspirante que ya creía poner el pie en

hoja de álamo blanco, ni la mas ligera ola arrugaba la superficie del estanque terso como un espejo: si acaso alguna carpa jugueteando daba un brinco, formaba un círculo que bien pronto se desvanecía: los árboles de la orilla se reflejaban tan perfectamente en el agua, que se titubeaba entre la sombra y la realidad: hubiérase dicho que era un bosque plantado cabeza abajo; un bosque que se habia ahogado en un pesar de amor; los peces parecia que nadaban en las hojas, y los pájaros volaban por el agua. Ju-Kiouan se divertia en mirar aquella maravillosa transparencia, cuando volviendo la vista á la parte del estanque inmediato á la pared de separacion, vió el reflejo del pabellon opuesto que se extendia hasta allí, deslizándose por debajo de uno de los arcos.

Jamás habia fijado la atencion en aquel juego de óptica que sorprendió é interesó. Distinguia los pilares encarnados, los frisos calados, los tientos de margaritas, las giraldivas ó veletas doradas, y si la refraccion no las hubiese colocado en posicion inversa, habria leído las sentencias escritas en las tablitas. Pero lo que la asombró en mas alto grado, fue el ver inclinada sobre la barandilla del balcon, y en una postura igual á la suya, una figura que se le asemejaba de modo, que si no hubiese venido del otro lado del estanque, la habria tomado por la suya misma; era la sombra de Tchín-Sing, y si parece extraño que un mancebo pueda confundirse con una señorita, responderemos, que Tchín-Sing, por causa del calor, se habia quitado su gorro de licenciado, que era en extremo jóven, y aun no tenia barba: sus delicadas facciones, su tez tersa, y sus brillantes ojos, podian facilmente prestarse á la ilusion, que por otra parte no duró mucho. Ju-Kiouan, por los latidos de su corazon conoció bien pronto que no era una jóven aquel cuya imagen reproducia el agua.

Hasta entonces habia creído que la tierra no en-

para buscarle en los espacios imaginarios. Pensaba que no encontraria pareja en este mundo, y que jamás gustaria la dulzura de la union de las cercetas. Jamás,

llo de creerse única, cedió bien pronto su puesto al amor, porque desde aquel instante el corazon de Ju-Kiouan quedó sujeto para siempre. Una simple mirada



decia para si, consagraré la lenteja acuática y el alisma en el altar de mis antepasados, y entraré sola entre las moreras y los olmos.

cambiada, no directamente, sino por medio de una sencilla reflexion, fué suficiente para producir aquella trasformacion. No se debe por eso acusar de frivolidad á Ju-Kiouan: enamorarse de un jóven solo por su reflejo!... eso es una locura. Pero á menos de que medie un largo trato que permita estudiar los caracteres, ¿qué es lo que á primera vista se descubre en el hombre? un aspecto puramente exterior, semejante al que nos representa el espejo: ¿y no es acaso muy propio de las jóvenes, el juzgar del alma de su futuro marido por el esmalte de sus dientes y el corte de sus uñas?

Tchín-Sing habia visto tambien á aquella maravillosa belleza, y exclamó: ¿estoy por ventura soñando?... Aquella encantadora figura que resplandecia en el agua, debia haber sido formada por los plateados rayos de la luna, en una noche de primavera, y del mas delicado aroma de las flores: aunque jamas la he visto, la reconozco; si, ella es: es la imagen de la hermosa desconocida que tengo grabada en mi alma, y á quien dirijo mis disticos y cuartetos.

Aquí llegaba de su monólogo Tchín-Sing, cuando oyó la voz de su padre que le llamaba. —Hijo mio, le dijo, vengo á proponerte á instancia de mi amigo Wang un partido muy ventajoso: se trata de una jóven por cuyas venas circula sangre imperial, cuya belleza es célebre, y que posee todas las cualidades célebres para hacer dichoso á un marido.

Preocupado Tchín-Sing con la aventura del pabellon, y ardiendo en amor por la imagen que habia visto reflejarse en el cristalino estanque, se negó abiertamente. Indignado su padre, y arrebatado con la cólera, le dirigió las amenazas mas violentas. —Bribon, mal hombre, gritaba el anciano, si persistes en la obstinacion, suplicaré al magistrado que te haga encerrar en esa fortaleza ocupada por los bárbaros de Europa, desde la cual no se descubren mas que peñascos azotados por las olas del mar, montañas cubiertas de nubes, y aguas negruzcas surcadas por esas monstruosas invenciones de los malos genios, que an-

cerraba al ser criado para ella, y aun con mucha frecuencia habia deseado tener á su disposicion uno de los caballos de Fargana, que andan mil leguas por dia,

Al ver aquella sombra en el agua, comprendió que su hermosura tenia una hermana, ó mas bien un hermano: lejos de disgustarse se conceptuó feliz: el orgu-

no se descubren mas que peñascos azotados por las olas del mar, montañas cubiertas de nubes, y aguas negruzcas surcadas por esas monstruosas invenciones de los malos genios, que an-

dan con ruedas y vomitan un humo fétido. Allí tendras tiempo de reflexionar y de enmendarte. Aquellas amenazas no asustaron mucho á Tchín-Sing, que contestó aceptaría la primera esposa que se le presentase, con tal que no fuese aquella.

Al día siguiente á la misma hora, se fué al pabellon campestre, y como la vispera, se puso apoyado en la barandilla.

Pasados pocos minutos vió dilatarse por el agua el reflejo de Ju-Kiouan, como un ramillete de flores sumergidas.

El jóven puso su mano sobre el corazon, y despues dándose besos en las puntas de los dedos, los dirigió hacia el reflejo con un gesto lleno de gracia y de pasión.

Una placentera sonrisa se manifestó como el boton de una granada en la transparencia del agua, y probó á Tchín-Sing que no era desagradable á la hermosa desconocida: mas como no pueden tenerse conversaciones muy largas con un reflejo, cuyo cuerpo no puede verse, hizo seña de que iba á escribir, y volvió á entrar en el pabellon. Al cabo de pocos instantes, salió con una cuartilla de papel plateado, con orla de colores, en el que habia improvisado una declaracion de amor en versos de siete silabas. Arrolló su composicion poética, la encerró en el cáliz de una flor, y lo envolvió todo en una ancha hoja de nenúfar, que colocó delicadamente sobre el agua.

Una ligera brisa que se levantó con mucha oportunidad, llevó la declaracion hacia una de las aberturas de la pared, por manera que Ju-Kiouan no tuvo que hacer mas que bajarse un poco y recogerla. Temerosa de ser sorprendida se dirigió á la mas retirada de las habitaciones, y leyó con el mas indecible placer las espresiones amorosas y las metáforas de que se habia servido Tchín-Sing: ademas del júbilo de saber que era amada, esperaba la satisfaccion de serlo por un hombre de mérito, porque la gallardía de la letra, la eleccion de las palabras, la exactitud de las rimas, y la brillantez de las imágenes, probaban una educacion muy esmerada: pero lo que la chocó sobremanera fué el nombre de Tchín-Sing. Varias veces habia oido hablar á su madre del sueño de la perla, y aquella estraña coincidencia la chocó muchísimo: así fue, que ni un solo instante dudó que Tchín-Sing era el esposo que el cielo la destinaba.

Al día siguiente, como la brisa habia cambiado, Ju-Kiouan envió por el mismo medio, hacia el pabellon opuesto, una respuesta en verso, en la que á pesar de la modestia tan natural en una jóven, era bien facil descubrir que no era indiferente al amor de Tchín-Sing.

Al leer la firma de la carta de Tchín-Sing no pudo contener una exclamacion de sorpresa: ¡el jaspel... ¿no era esa la piedra preciosa que mi madre vió en sueños brillar sobre mi pecho como un carbunclo?... Irremisiblemente es necesario que yo me presente en esa casa, porque en ella habita la esposa profetizada por los espiritus nocturnos.—Cuando ya iba á salir, se acordó de las disensiones que dividian á los dos propietarios, y de las prohibiciones escritas en la tabilla, y no sabiendo que partido tomar, contó toda la historia á la señora Kouan: Ju-Kiouan por su parte, se lo habia referido todo á la señora de Tou. Los nombres de perla y de jaspel, parecieron decisivos á las dos matronas, que volvieron al templo de Fó á consultar al bonzo.

Este contestó, que tal era en efecto la significacion del sueño, y que no conformarse con él, seria esponerse á incurrir en la cólera celeste. Movidó por las instancias de las dos madres, y por algunos regalillos que le hicieron, se encargó de dar pasos con Tou y Kouan, y tan perfectamente los enredó, que cuando les descubrió el verdadero origen de los esposos, ya no pudieron desdecirse. Al volverse á ver despues de tan largo tiempo, los dos antiguos amigos se maravillaron de haber podido separarse por causas tan frívolas, y conocieron cuántas privaciones se habian impuesto mutuamente. Celebráronse las bodas, y la perla y el jaspel pudieron por fin hablarse de otro modo que por el reflejo.—¿Fueron ya felices? eso es lo que no nos atrevemos á asegurar: porque la felicidad no suele ser muchas veces mas que una sombra en el agua.

CRONICA DE LOS PRINCEPES DE ASTURIAS. (1)

POR DON NICOLAS CASTOR Y CAUNEDO.

(Continuacion.)

CAPITULO XI.

DON JUAN DE ARAGON Y CASTILLA.

El martes 30 de junio de 1478, y á las once de la mañana tuvo lugar su nacimiento en la ciudad de Sevilla, en donde hacia poco tiempo residian sus padres los esclarecidos reyes Católicos. El cardenal de España, arzobispo de la misma, don Pedro Gonzalez de Mendoza, vertió sobre la cabeza del infante el agua del bautismo y le impuso el nombre de Juan, porque era el de sus abuelos paterno y materno. Con gran solemnidad y magnificencia se verificó esta ceremonia, así como en 9 de agosto del mismo año, la de la presen-

tacion en el templo, en la que Isabel la Católica ofreció cierta cantidad de oro, dando de todo esto acta de testimonio Andrés Bernaldez, cura de los Palacios y testigo ocular (1). La jura de don Juan como principe de Asturias, se celebró en la catedral de Toledo en el mes de mayo de 1480, y el 7 de abril del año siguiente en las córtes de Calatayud, donde fué llevado por la reina su madre, para principe de Gerona, y heredero de Aragon, siendo don Juan el primero que reunió ambos principados. En 1495 se ajustaron sus bodas con la archiduquesa de Austria doña Margarita, y la de Felipe el Hermoso, hermano de esta, con doña Juana hermana del principe de Asturias y Gerona. La misma armada que llevó á Flandes á la infanta castellana, condujo á su vuelta á la archiduquesa Margarita, y don Juan, acompañado del rey su padre, salió en busca de su noble prometida, que encontró en Reinos, y allí se casaron. Las ceremonias de la velacion tuvieron lugar pocos dias despues á principios de abril, en la ciudad de Burgos, siendo el celebrante el cardenal arzobispo de Toledo, y los padrinos el almirante don Fadrique Enriquez y su madre doña María de Velasco. Los regocijos y fiestas públicas fueron con tanta magnificencia como no se vieran jamás en España, segun aseguran los historiadores, mas bien pronto se trocaron en lutos y llantos. Hallábase don Juan con su esposa en Salamanca, cuando le acometió una fiebre que al cabo de trece dias le condujo al sepulcro en 4 de octubre de 1497. Los reyes estaban á la sazón en Valencia de Alcántara, y don Fernando al saber la aguda enfermedad de su hijo, corrió á su lado, y aun tuvo el triste consuelo de cerrar sus ojos. Los restos de este malogrado principe en quien la monarquía fundaba las mas grandes esperanzas, están encerrados en un suntuoso túmulo en la iglesia de Santo Tomás de la ciudad de Avila.

CAPITULO XII.

DON MIGUEL DE PORTUGAL Y ARAGON.

Por la inesperada muerte de don Juan recayó el principado de Asturias por segunda vez en su hermana doña Isabel, reina de Portugal, como ya dijimos en el capitulo 10; mas falleciendo de parto esta señora, transmitió sus derechos á la sucesion de las coronas de Aragon y Castilla á un niño llamado Miguel, que nació en el mismo instante de perder la vida su madre el 23 de agosto de 1498. El 22 de setiembre las córtes de Aragon reunidas al efecto en Zaragoza, elevaron á don Miguel por heredero de aquel reino, y en enero del año siguiente las de Castilla, que lo estaban en la ciudad de Ocaña, por principe de Asturias. Mas su aparicion en el mundo fué tan breve y fugaz como el relámpago, pues tambien murió en Granada el 20 de julio de 1500, y fué sepultado en la capilla real de aquella ciudad, donde yace.

CAPITULO XIII.

DON JUAN DE ARAGON Y CASTILLA (la Loca.)

Hallábase la corte de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, en Toledo, cuando el 6 de noviembre nació su hija la noble y desgraciada princesa, cuyo nombre acabamos de trazar. Impúsosele este en consideracion á su abuela doña Juana, reina de Aragon, á la que se asemejaba tanto (cuando creció en edad), que el rey don Fernando solia por broma llamarla madre, y doña Isabel suegra. Desde luego formó doña Juana las delicias de sus padres, por su aplicacion y talento, adquiriendo una erudicion muy rara en aquel tiempo, espresando algunos historiadores sobresalia en el conocimiento de la lengua latina, y que tambien la dotara el cielo con el don de la belleza. Apenas cumpliera diez y seis años, cuando sus padres concertaron su boda con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de Flandes, de Artois, y del Tirol, é hijo del emperador de Alemania Maximiliano I, el cual naciera en 22 de enero de 1478. Hicieron los preparativos para el viage á Flandes de doña Juana, con toda la magnificencia conveniente, y acompañada de su hermano el principe de Asturias don Juan, de la reina su madre, y de la principal nobleza castellana, se dirigió á Laredo donde la aguardaba una escuadra compuesta de ciento veinte velas, y en la que iban quince mil hombres de guerra, para conducirla y servirla de escolta, y llegó á Ramna, puerto de Holanda, el 8 de setiembre de 1496. De allí, seguida de su servidumbre, marchó doña Juana á Lieja, donde fué á encontrarla el archiduque, y donde se verificó el casamiento, dándole la bendicion nupcial don Diego de Villaseca, dean de Jaen, y capellan mayor de la armada que condujera á la alta princesa. Desde luego su alma ardiente se entregó con todo el fuego de la primera edad á una veheméntísima y legítima pasión por su bello esposo, el cual por su parte la correspondió durante los primeros tiempos con igual delirio. Las delicias de la maternidad vinieron á aumentar la felicidad de ambos consortes, pues doña Juana dió á luz en 1498 y 1500 una niña y un niño. Este debia despues llenar el mundo con su nombre, pues era el célebre Carlos V. Pocos meses despues adquirió la archiduquesa el derecho de suceder en la corona de España por la muerte sucesiva de sus hermanos el principe don Juan y doña Isabel, y de su sobrino don Miguel, hijo de esta, y último vástago masculino de los reyes Católicos, que ya hemos relatado. El obispo de Córdoba don Juan de Fonseca pasó á

Flandes á noticiar á los archiduques la muerte del principe de Asturias, y á invitarles á nombre de los reyes pasasen á España para ser jurados por herederos del trono. Hallándose en cinta doña Juana, hubo de retrasarse el viage hasta fines de 1501, en que se verificó el nacimiento de su tercer hijo doña Isabel, y atravesando la Francia llegó con su esposo á Fuenterrabía el 29 de enero de 1502, donde la esperaban el condestable de Castilla, el duque de Nájera, el conde de Treviño, y el comendador mayor don Gutierre de Cárdenas. Para solemnizar la llegada de los principes y como muestra de regocijo, se concedió permiso para que los que estaban autorizados para llevar jubones de seda usasen sayos de la misma clase y de varios colores (que todo es muestra de la modestia de aquellos tiempos (1)). De Fuenterrabía pasaron por Burgos, Valladolid, Medina, Segovia y Madrid á Toledo, ciudad donde hicieron su entrada pública el 7 de mayo. Ya estaban en esta ciudad los reyes, y el 22 del mismo mes reunidas las córtes en la catedral, fueron jurados doña Juana y su esposo por principes de Asturias, mas imponiéndoles aquella la prudente condicion de que en caso de sentarse en el trono de sus abuelos deberían gobernar segun las antiguas leyes y costumbres de Castilla. Fernando V partió el 8 de julio á Zaragoza, donde habia convocado las córtes de Aragon, y les pidió jurasen por princesa de Gerona á su hija, que lo era ya de Asturias, á lo que aquellas accedieron, realizándose la ceremonia el 27 de octubre, pocos dias despues de la llegada de los archiduques á la capital de Aragon. Aquí debemos consignar la particularidad de haber sido doña Juana la primera muger que fué reconocida por heredera de aquel reino. Trasládronse en seguida los principes á Madrid, y aquí tuvo doña Juana que separarse de su esposo que volvió á Flandes, y esto la causó tal sentimiento, que desde entonces comenzó á padecer la terrible enfermedad mental que la afligió toda la vida. Por este tiempo, 10 de marzo de 1503, dió á luz en Alcalá de Henares al infante don Fernando, que llegó á ceñir la corona imperial de Alemania. Las noticias que llegaban á los oídos de la princesa de las infidelidades de Felipe el Hermoso, agrabaron su dolencia de tal modo, que se miró ya como incurable. Buscando ansioso la soledad, se encerró en Medina del Campo en el castillo de la Mota, mas despues trató de huir de aquella fortaleza, y marchar en busca de su esposo. Isabel la Católica trataba de impedirlo, por ver si podia ganar tiempo y aguardar á que el archiduque conociendo sus deberes, olvidase sus amores y corriese á los brazos de una esposa tan digna y que con tanta vehemencia le amaba, mas por fin cedió á los deseos de doña Juana, cuya melancolia y locura aumentaba por momentos, y consintió en su viage. Reunióse tambien esta vez en Laredo la armada que debia escoltarla, y se hizo á la vela en aquel puerto en mayo de 1504, y despues de nueve dias de navegacion, arribó á Vergas no lejos de Brujas. Salió don Felipe á recibir á su esposa, y juntos se dirigieron á Bruselas, donde se fijaron por entonces. Allí los furiosos y fundados celos que la conducta del archiduque ocasionaban, acabaron del todo con la razon de la desdichada doña Juana, que sin embargo, fué madre en la misma ciudad, de una infanta que se llamó Maria. De allí á poco, y en el mismo año de 1504, por fallecimiento de Isabel la Católica, recayeron los vastos dominios que formaban la monarquía castellana, en la princesa de Asturias, que sin contradiccion fué proclamada reina, aunque por su notoria incapacidad, jamás ejerció la soberanía, poniéndose solamente su nombre en los instrumentos públicos. Despues de una larga y desdichada existencia, murió en Tordesillas en 11 de abril de 1555, cuando ya contaba setenta y tres años de edad, sin que hubiese recobrado el conocimiento sino algunos dias antes de morir. Su cuerpo fué trasladado á la capilla real de Granada, donde se ve su sepulcro al lado del de su esposo y padres.

CAPITULO XIV.

DON CARLOS DE AUSTRIA Y ARAGON.

Era el 25 de febrero de 1500, cuando vió la luz en Gante, ciudad del condado de Flandes, donde á veces residian sus padres, Felipe el Hermoso y doña Juana la Loca de quien acabamos de hablar. En 1506 partieron estos para España, y el 12 de julio fueron reconocidos y jurados por reyes en las córtes de Valladolid, en el mismo día y por la misma asamblea, declarado principe de Asturias el infante don Carlos, bien que aun permanecia en Flandes. Muerto don Felipe en 25 de setiembre del mismo año, y Fernando el Católico en 22 de enero de 1516, fué el principe llamado á la gobernacion del reino, á causa de la inhabilidad de doña Juana, por medio de una carta que el rey Católico le escribió la vispera de su muerte. Don Carlos, en los primeros despachos y cartas que dirigió á los corregidos y consejo, solo se nombraba principe de Asturias, pero habiéndole su abuelo paterno, el emperador de Alemania, el papa Leon X, y otros principes, dado por escrito el título de rey de Castilla, usó de este abandonando el primero, á pesar de lo acordado en las córtes de Valladolid de 1518, que espresamente lo prohibieron, bien que en los decretos y cédulas reales ponía antes que el suyo el nombre de doña Juana. Reconocido rey de hecho, no solo por las naciones estrangeras, sino por el pueblo español, no deberemos poner adelante con la relacion de sus sucesos, en esta cróni-

(1) Véanse los números 401 y 402.

(1) Véase Zúñiga, Anaes de Sevilla.

(1) Mariana, libro XXVII, Cap. XI.

ca. Su reinado fué dilatado y brillante, y durante él llegó España al apogeo de su gloria, aunque perdió en cambio sus antiguos y queridos fueros y libertades. Carlos, el mayor guerrero de su siglo, y el mas poderoso de los monarcas, se despojó de la púrpura imperial para vestir la cogulla en el monasterio de Yuste, donde falleció el 21 de setiembre de 1558, siendo su cadáver depositado en el Escorial donde yace.

CAPITULO XV.

DON FELIPE DE AUSTRIA Y PORTUGAL (el Prudente.)

Estaba el emperador Carlos V con toda la corte en Valladolid, cuando de su esposa doña Isabel de Portugal, le nació su hijo primogénito el 21 de mayo de 1527. Fué bautizado por el arzobispo de Toledo, en el monasterio de San Pablo, el 5 de junio, con el nombre de Felipe, en memoria de su abuelo el archiduque. Grande fué la alegría de toda la nación con este acontecimiento, y las fiestas públicas generales y magníficas, mas en tanto estas tenían lugar, llegó la noticia de que las tropas españolas habían tomado y saqueado á Roma, y hecho prisionero al papa, y hubieron de suspenderse para celebrar rogativas para que éste recobrase su libertad, siendo así que solo era necesaria la voluntad del emperador. Renováronse, pues, los regocijos con grandes gastos y pompa, y entre ellos hubo torneos entre los principales personajes de la monarquía, en los que se distinguió Carlos V, y corridas de toros que presidió. Tenia don Felipe poco mas de diez meses, cuando el rey-emperador lo llevó á Madrid donde había convocado cortes. En estas propuso don Juan Tavera, arzobispo de Santiago, se jurase al infante por principe de Asturias, y en efecto se verificó la ceremonia el 19 de abril de 1528 en la iglesia de San Gerónimo. En 1543 hizo el emperador que el principe de Asturias pasase á Zaragoza y Barcelona, para que en las cortes que se reunieron en ambas ciudades, se repitiese aquella como heredero de Aragon. El lunes 12 de noviembre del mismo año contrajo el principe su matrimonio en Salamanca con doña Maria de Portugal, hija de don Juan III, señora dotada de mil bellas prendas tanto físicas como morales. Había sido conducida con suntuosidad y aparato desde la frontera por don Juan de Siliceo obispo de Cartagena, maestro que había sido de don Felipe, y el duque de Medina Sidonia, y practicó las ceremonias nupciales el arzobispo de Toledo. Los padrinos fueron los duques de Alba, y el con curso numeroso y escogido. En seguida los nuevos esposos se trasladaron á Valladolid. Poco antes de estos desposorios había partido el emperador desde el puerto de Palamós para Génova, y dejó por gobernador de España durante su ausencia al principe de Asturias, debiendo servirle de secretario Francisco de los Covos, comendador mayor de Leon, y de mayordomo mayor y general de sus armas, el famoso duque de Alba. En 1545 tuvo el principe la complacencia de verse reproducido en un niño que nació en Valladolid, mas á los cuatro dias trocó la alegría en llanto por la muerte de su esposa doña Maria. En 1547 reunió el principe don Felipe, cortes en Monzon, y en ellas fué nombrado el muy erudito Gerónimo Zurita, por cronista del reino de Aragon. Volvióse aquel á Valladolid y allí encontró al duque de Alba que le previno de orden del emperador pasase á Alemania. Antes de partir congregó las cortes de Castilla en la referida ciudad de Valladolid, y les manifestó las órdenes que de su padre acababa de recibir, mas que volvería á España muy en breve y que durante su ausencia gobernaria su primo Maximiliano. Llegó este en efecto á Barcelona y de allí á poco á Valladolid, donde celebró sus bodas con la infanta doña Maria. Terminados los regocijos partió el principe de Asturias, el 1.º de octubre, acompañado de los duques de Alba y Sesa y otros grandes, al puerto de Rosas, donde se embarcó en una galera muy adornada perteneciente á la escuadra de Doria, que le condujo á Génova, donde fué recibido con grandes festejos, entre los que figuraron bailes, comedias, banquetes y otros espectáculos que se prolongaron por espacio de quince dias, y durante los que dió don Felipe audiencia á varios embajadores que á nombre de sus reyes vinieron á ofrecerle sus respetos. No agradó en la risueña Italia el severo y poco amable rostro del principe de Asturias, que recibía con orgulloso ademan los cumplimientos que se le dirigian; sin embargo, las ciudades por donde transitaba le agasajaban á porfía. Desde Génova pasó á Milan, Mantua, Trento, y por fin llegó á Bruselas ciudad de los estados de Flandes, en la primavera de 1549. Allí salieron á recibirle sus tias las reinas viudas de Hungría y Portugal, doña Maria y doña Leonor, venidas poco antes de Francia, y le acompañaron hasta encontrar al emperador, que abrazó á su hijo con extraordinario gozo. Desde luego se dispuso fuese el principe de Asturias proclamado por sucesor en los estados de Flandes, lo que así se verificó. Visitó este en seguida las principales ciudades, empezando por Lovaina, y todas le prestaron el juramento de fidelidad, y obsequiaron con cuantiosos donativos que el principe en su mayor parte distribuyó entre los pobres. Despues de recorrer también la Zelanda se restituyó al cabo de un mes á Bruselas, en donde estaban preparadas grandes fiestas y espectáculos. En 1550 celebró Carlos V una dieta en Ausbourg, y presentó en ella al principe de Asturias, con objeto que fuese declarado rey de Romanos y heredero del imperio; mas no pudo lograrlo. Acabada la dieta, el principe don Felipe volvió á España acompañándole el duque de Alba y su pri-

mo Maximiliano que llegó hasta Génova, donde aquellos se hicieron á la vela para Barcelona. De aquí marchó el principe de Asturias para Tudela, donde estaban reunidas las cortes de Navarra, de las que recibió el juramento y homenaje acostumbrado como principe de Viena. Despues se dirigió á Monzon, donde había convocado las de Aragon, con objeto de atender á los negocios de aquel reino. A fines de 1553 el emperador nombró á su hijo por rey de Nápoles y duque de Milan, y le concertó un nuevo enlace con Maria llamada la *Sanguinaria*, reina de Inglaterra é hija del famoso Enrique VIII. Venida la dispensa pontificia (por el próximo parentesco de los contrayentes), y firmadas las capitulaciones, el conde de Egmont, fiador del futuro matrimonio, practicó una extraña ceremonia, que se usaba en aquel tiempo en las bodas de los principes, y consistía en acostarse armado de todas armas en el lecho de la reina. Para el viaje de don Felipe se apostó en la Cornia el año siguiente una escuadra de ciento veinte buques, en la que se embarcó seguido del almirante de Castilla, el duque de Alba y numerosa escolta (1). Aportó á Northampton, y de aquí envió á Rui Gomez de Silva con magníficos regalos de joyas de inestimable precio á la reina, la que le correspondió con doce caballos ricamente enjaezados. Seguido don Felipe de su comitiva española, y de cuatrocientos nobles ingleses que salieran á su encuentro, se dirigió á Vinches-ter, en donde se hallaba la reina, y con quien se desposó el 25 de julio, día de Santiago, dando la bendición nupcial el obispo de la citada ciudad. Don Felipe y su esposa, comieron en público aquel día con los grandes españoles y los lores ingleses, y luego asistieron á los saraos y festejos que para celebrar tan fausto suceso estaban prevenidos. Hallóse allí el cardenal Reginaldo Polo, pariente de la reina de Inglaterra, y legado del papa, que llevaba la misión de reconciliar aquel país con la iglesia romana, como lo verificó, aunque duró poco tiempo. El principe de Asturias, de Girona y de Viana, rey de Nápoles, duque de Milan y rey consorte de Inglaterra, no permaneció en este país sino hasta el mes de octubre de 1555, en que llamado por el gran emperador su padre, partió á Bruselas. Allí el día 25 del mismo mes, recibió por la abdicación de aquellos dominios de Borgoña y de Flandes y la dignidad de gran maestro del Toison de oro, y el 16 de enero del año siguiente de 1556, todos los reinos de España, sus islas y provincias del Nuevo Mundo. Entonces don Felipe á quien llamaron el Prudente dió principio á un dilatado reinado de 42 años, durante el que se sostuvo nuestra patria en la cumbre de la grandeza. Su muerte *occurrió en el Escorial, y allí mismo fué sepultado en 1598.*

CAPITULO XVI.

DON CARLOS DE AUSTRIA Y PORTUGAL.

Ya dijimos en el capítulo anterior, que en 1545 nació en Valladolid de don Felipe, que era á la sazón heredero del trono español, y de su esposa doña Maria de Portugal, un niño. Ahora añadiremos, que se llamó Carlos, en atención á conservar el gran nombre de su abuelo el emperador, y que un jueves, 22 de febrero de 1560, fué jurado con la solemnidad y ceremonias de costumbre, principe de Asturias, en la catedral de Toledo. Por testimonio de Cristóbal de Vega, su médico especial, sabemos que en su primera edad, y por espacio de tres años, padeció de cuartanas, y que hallándose estudiando en la universidad de Alcalá en 1563, cayó de una escalera y recibió tan gran golpe, que perdió el conocimiento, y en los primeros momentos se creyó había acabado su vida. Desahuciado por los facultativos, y á punto de espirar, llevaron al lado de su lecho el cuerpo del beato fray Diego de Alcalá, muerto en esta ciudad en opinión de santidad algunos años antes, y habiendo el principe recobrado la salud, se atribuyó á la intercesión de aquel siervo de Dios. Segun los mas de los historiadores, tenia don Carlos un carácter ardiente, soberbio y ambicioso, y en él buscan el principio del misterioso drama que puso fin á sus dias. Desde Alcalá tornó á Valladolid, donde continuó su educación y estudios bajo el cuidado del muy docto Honorato Juan, noble valenciano y hombre insigne por su piedad y erudición; pero que no logró, á pesar de sus esfuerzos, corregir la perversidad de su regio discipulo. Al pasar Carlos V por aquella ciudad cuando se dirigía á Yuste, abrazó con ternura á su nieto, y teniendo noticia de sus malas inclinaciones, le exhortó dulcemente á corregirse, y seguir el sendero de la virtud. Habiéndose fijado la corte en Madrid en 1560, se trasladó allí, como era natural, el principe de Asturias, y fijó su vivienda en el pabellon de la izquierda del alcázar real. El 18 de enero de 1568, Felipe II, avisado secretamente por su hermano natural don Juan de Austria, de que el principe de Asturias tenia inteligencias ocultas con los rebeldes de Flandes, y que pensaba huir á reunirse á ellos, vino precipitadamente del Escorial á Madrid, y seguido del duque de Feria, del principe de Eboli, de don Juan Manrique, de don Antonio de Toledo y don Luis Quijada, penetró en la cámara de aquel á las doce de la noche. El principe don Carlos, que estaba ya acostado, se llenó de pavor con la inesperada visita, y el rey le intimó quedaba en prisión, é incomunicado, haciendo en el mismo instante recoger los papeles, las armas y todo género de instrumentos de hierro, y clavar las ventanas. Confío en se-

(1) Durante la ausencia del principe de Asturias quedó por gobernadora de España su hermana doña Juana.

guida su custodia al duque de Feria, al principe de Eboli y á seis gentiles-hombres, de los cuales debían siempre permanecer dos de centinela de vista, y se retiró. Al día siguiente reunió su consejo el severo Felipe II, y le refirió que se viera obligado á encerrar á su hijo por causas gravísimas que no le era dado revelar. Lo mismo escribió al papa, al emperador y á las principales ciudades del reino, añadiendo que aunque con sentimiento, pues le amaba mucho, cumplía con el deber de castigarle por el bien de los pueblos que Dios le confiara. Como es de suponer, se hicieron mil versiones de suceso tan ruidoso, asegurando los mas que el principe conspiraba contra su padre, aunque ni se descubrió ni castigó ningun cómplice (1), y algunos, que tenia relaciones ilícitas con su madrastra la joven reina doña Isabel de la Paz. De cualquier modo la prision exasperó tanto al feroz don Carlos, que con sus acciones y palabras manifestaba haber perdido la razón. Unas veces se abstenía de todo alimento, otras comía con exceso, bebía agua de nieve, etc., sin que los ruegos y amonestaciones de Honorato Juan ni del rey, que le visitó dos veces durante su encarcelamiento, lograsen calmar á aquel indómito joven que se creía injustamente castigado. Por fin, contrajo una aguda dolencia proveniente de la debilidad de su estómago, y habiéndose confesado con fray Diego de Chaves y recibido el Viático y la Estrema-Unción, murió el 24 de julio del mismo año de 1568, cuando contaba solamente veinte y tres años de edad. Su cadáver se depositó por el pronto en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid, donde se celebraron suntuosísimos funerales, y en 1573 se trasladó al Escorial. Dicen algunos que don Carlos murió, de orden del rey, degollado, y segun otros ahogado; pero los mas se inclinan al veneno, sospecha que tambien estienden á la reina doña Isabel, que falleció despues de abortar el 3 de octubre. El silencio y misterio que rodeó estos terribles sucesos, y es austero carácter de Felipe II, dieron el ser á estas aseveraciones que tal vez carezcan enteramente de verdad. (Se concluirá.)

NOTICIAS DE TEATROS.

Dos nuevas producciones se han estrenado el jueves en la noche: una en el teatro de los Basillos, titulada *El hermano mayor*, original del señor Auset, y otra en el coliseo de la Cruz, que se titula *La ley de represalias*, original de don Ildefonso Bermejo. Ambas fueron bien acogidas. El autor de la segunda fué llamado á la escena. En la ejecución del *Hermano mayor* se distinguieron generalmente todos los actores; en la de *La ley de represalias* la señora Baldó y el señor Lumbreras. La comedia titulada *Diplomacia y amor*, estrenada en el Principe el viernes en la noche, no gustó. De todas nos ocuparemos en nuestra próxima revista.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente lista oficial de la compañía cómica-francesa (*du théâtre Francais de Madrid*) que debe empezar sus representaciones en el teatro de la Cruz, el 4.º de noviembre próximo.

Héla aquí:

ADMINISTRATION.

Mrs. Jules Bernard, directeur.
Jacques Robert, directeur associé.
Félix, directeur de la scène, regisseur général.
X. . . . regisseur.
Gondois, Caef d'orchestre.
Fontaine, souffleur-bibliothécaire.

EMPLOIS.

Mademoiselle LOBBY, artiste des théâtres du Gymnase et de la Porte Saint Martin.
Mr. NESTOR, premier comique du théâtre de la Porte Saint Martin.
Mrs. Omer.—(Du théâtre Francais de Paris.)
Bargis.—(Des théâtres de l'Odeon et des Variétés.)
Francisque.—(Du théâtre de l'Ambigu de Paris et du théâtre Francais de Londres.)
Dissaut.—(Du théâtre Francais de Naples.)
Thibaut.—(Du même théâtre.)
Beaujean.—(Du théâtre du Vaudeville.)
Roche.—(Du théâtre Royal de Bruxelles.)
Ludovic.—(Du théâtre Francais et de l'Odeon.)
Alfred.—(Du Grand Théâtre de Bordeaux.)
Mmes. Aubrée.—(Du théâtre Francais de Paris.)
Dussault.—(Du théâtre Francais de Naples.)
Dargis.—(Du théâtre des Variétés.)
Angelique.—(Du théâtre Francais de San Petersburgo.)
Mathilde.—(Du théâtre de Rouen.)
Meraux.—(Du théâtre Francais de Moscow.)

Damos el mas sincero parabien al señor Peral, autor del proyecto, y le deseamos un feliz éxito en tan laudable ensayo.—Asegúrase que tendremos tambien por una temporada á la trágica del siglo, madame Rachel.

(1) Un escritor italiano atribuye esta proyectada rebelion del principe á sugerencias del conde de Egmont, que le habló muchas veces en secreto cuando residia en Madrid como diputado de Flandes. Otro nombra al conde de Berghes y á Montigni, tambien flamencos.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8

Teatros y diversiones públicas.—Escenas de capricho.



En la Norma.



En el Teatro Real.



En el Teatro de la Cruz.



En la Zarzuela del Circo.



Un tenor haciendo su prueba.



Efecto que produce en el empresario.



Un espectador de los monos sabios



En los toros.



En el circo de caballos.

Costumbres sociales.—Escenas de Fantasia.



Adios para siempre.



Os juro amor eterno.



No es malo para marido.